

MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ Y GOMEZ

III

Continuamos escribiendo, sobre este mismo tema, con verdadero deleite, manteniéndonos en la misma época, entre 1770 y 1790 y siendo también fieles a la nacionalidad de los viajeros que nos atraen. El visitante de nuestra provincia que es materia de este tercer artículo, es también inglés, pero existen a su favor notorias diferencias en relación con Joseph Townsend, y Enrique Swinburne, que fueron objeto de los dos anteriores.

Por los años de 1772 y 1773 vino a nuestra patria, a viajar por sus tierras y a conocer sus paisajes, pueblos y gentes, el gentilhombre inglés, miembro de la Sociedad Real, Richard Twiss. Se cuidó el viajero de no dejar confiadas a la memoria sus impresiones y conservó por escrito, minuciosamente, cuanto le ocurrió y cuanto vió en la larga temporada que pasó entre nosotros recorriendo diversas regiones de la península. Satisfecho, y con razón, de sus anotaciones se decidió a publicarlas en letras de molde y lo hizo en Dublín, en 1775, en una edición primorosa que consta de dos pequeñitos volúmenes extraordinariamente raros. El éxito de esta publicación debió de ser franco, pues, en el mismo año, ya mereció los honores de una segunda edición, en Londres, y en el siguiente fué traducida al francés, e impresa en Berna por la Sociedad Tipográfica. Esta lectura francesa es muy descuidada, y no es aconsejable a no ser para lectores que no conozcan el inglés, pues contiene mutilaciones sensibles, errores de bulto, alguno de los cuales será objeto de comentario más tarde, y la omisión de gran parte de los interesantísimos comentarios que, como apéndice, incorporó el autor a su relato con finalidad ilustrativa.

El título original es: *Travels through Portugal and Spain, in 1772*



and 1773. Bajo nuestros ojos tenemos en este momento un magnífico ejemplar, cuyo bello exlibris heráldico pregona el empaque de la biblioteca a que perteneció, de la segunda edición inglesa, libro que tampoco es frecuente, y que alcanza cotizaciones estimables cuando está completo con todas sus láminas, sobre todo con la plegada que reproduce una corrida de toros en la plaza de Cádiz. Poseemos también la impresión suiza de la versión que se hizo al francés en 1776.

Como Enrique Swinburne, también el viajero que hoy ocupa nuestra atención se cuida de poner, en la portada de su obra, y como avance y nuncio de sus propósitos de veracidad, una frase tomada de autor español de la mejor época de nuestras letras. Recordará el lector que Swinburne citaba una de Boileau, cuya oriundez francesa ya nos hacía sospechar, y la lectura del libro lo confirmó, que quien la había elegido no debía andar ayuno de «chauvinismo». Twiss toma la suya del historiador Solís: «he puesto en la certidumbre de lo que refiero mi principal cuidado». En la cabeza del prólogo cita otras palabras de Ercilla entresacadas del discurso preliminar que figura en *La Araucana*: «Una de las cosas en que se vee la grandeza del alma del hombre, y la parte inmortal donde aspira, es el no hallarse contento, ni satisfecho en un lugar, procurando hartar su deseo, inclinado a diversidad de cosas, rodeando el mundo, y tentando diferentes lugares para hurtar el cuerpo a los fastidios de la vida», con la que el autor procura justificar su espíritu andariego. Y este prólogo se termina con otra frase tomada de Cervantes en el capítulo LV del tomo III del *Quijote*: «Es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente a todos los que leyeren». Buena elección de citas hizo el inglés: propósitos de veracidad, confesión de su anhelo de ver gentes y paisajes distintos a los de su patria, y aspiración de conducirse en sus juicios con tal objetividad que pudiera satisfacer a todos los lectores. Consiguieron Twiss estos propósitos y así lo revela su obra. Don Antonio Ponz, en el tomo primero de sus viajes fuera de España, precisamente cuando inyectiva a Swinburne por sus fabulosas inexactitudes, como aludimos en nuestro anterior artículo, se cuida de poner como ejemplo contrario de objetividad lograda, las más de las veces, los relatos de Richard Twiss.

Para el lector español reserva motivos de satisfacción numerosos el repaso de las páginas del libro que hoy nos ocupa, porque encuentra en ellas una de las visiones más respetuosa y más objetiva de nuestras tierras y de nuestras gentes. Cuando hemos terminado de leer el libro, deleitándonos con los bien pergeñados relatos en que el viajero nos cuenta sus andanzas por nuestra tierra, y llegamos al final, allí nos aguarda, en extensos apéndices una larga serie de juicios bastantes discretos y acertados sobre muchos ingenios españoles de los mejores siglos de nuestra



literatura, ilustrada con trozos seleccionados de sus obras que revelan a la par un conocimiento, poco frecuente entonces, de nuestras letras, y un muy depurado juicio artístico. El autor se cuida, las más de las veces, de traducir con acierto y en elegante prosa inglesa las muestras literarias elegidas. Revela Twiss haber manejado y leído con atención la antología poética española de mayor prestigio en la época, el *Parnaso Español*, de Sedano, y con certero instinto no se limita a espigar en el trillado y divulgado campo de nuestro tesoro, Cervantes, Lope, Góngora o Calderón. En las páginas del apéndice se conservan, pregonando que quien lo escribía no se contentaba con una simple cultura de arrastre y de rutina, ejemplos numerosos de ingenios poco conocidos aun para aficionados españoles.

Al igual que hemos hecho en los dos artículos ya publicados, pensamos limitarnos en éste a extraer las páginas que se refieren al paso del autor por Murcia. Ni nuestro empeño puede extenderse a horizontes más extensos, ni el carácter de esta revista demanda mayor amplitud.

* * *

Desde Alicante salió Twiss, para Murcia, el día 3 de mayo de 1773. Como miembro de la Sociedad Real de Londres llevaba la ilusión, al pasar por Elche, de poder partir con don Jorge Juan de quien se confiesa, en su libro, encendido admirador; pero nuestro geógrafo padecía grave enfermedad que por aquellas fechas le tenía postrado en el lecho, que ya no habría de abandonar sino para emprender, a las pocas semanas, el viaje sin retorno. Esa enfermedad impidió al viajero satisfacer la ilusión que albergaba. Hubo de continuar adelante su camino, tomando nota en sus papeles de los bellos palmerales que atravesaba, y llegó a dormir a Orihuela en la noche de ese mismo día. Había comprado Twiss, en Madrid, por cinco libras un caballo que le había sido de extraordinaria utilidad sirviéndole durante un recorrido de más de setecientas millas. En Orihuela lo regaló a un conocido de paso, a cambio de que éste le prestase un borrico para utilizarlo desde Orihuela a Murcia.

Y en la mañana del día 4 de mayo, después de haber hecho un camino de cuatro leguas a través de un paisaje lleno de huertas cultivadas y de extensas plantaciones de moreras, llega a nuestra ciudad el viajero y en ella se hospeda en el primer piso de una posada gobernada por gitanos. En materia de comodidad una pocilga era más confortable y limpia que aquel alojamiento. Y en materia de alimentación tampoco le iba en zaga el albergue, pues nada había en él que llevarse a la boca, y nuestro hombre las hubiera pasado negras de no haber tenido la suerte de encontrar un comerciante francés, que en Murcia residía, y que proveyó con rapi-



dez y abundancia a su aprovisionamiento. Hizo también conocimiento, apenas llegado, con otro extranjero, pero de más señorío, el Marqués de Clermont, que había desembarcado hacía escasos días en Cartagena y se encontraba entre nosotros de paso para Lisboa, por haber sido nombrado embajador de Francia en Portugal. Richard Twiss se apresuró a presentarle sus respetos y en las páginas de su libro dejó unas líneas de constancia y testimonio sobre la gran belleza de la Marquesa.

El objeto principal de su atención es la Catedral de la que alaba la bella factura, la esbeltez de su torre, y la agradable piedra clara utilizada en su fábrica; despiertan su admiración y merecen sus elogios las tallas y esculturas que destacan como ornamento en la fachada, labradas en 1521, y el friso de cadenas que rodea, por el exterior, la Capilla de los Vélez. Después de cumplida esta visita ritual que figura siempre como inicial en todas las estancias de forasteros en Murcia, y que justifica la belleza y garbo de nuestro primer templo, decide el visitante adentrarse por las calles y tomar contacto con sus rincones y con las gentes que por ellas transitan.

Murcia es, con sus veinte mil habitantes entonces, a los ojos de Twiss una ciudad con calles estrechas, y dividida en dos mitades por el río que la cruza, con un magnífico puente de piedra que sirve de lazo de unión entre ambas. A lo largo de la ribera del Segura y en un recorrido de más de una milla, se extiende un bello paseo y delante del Palacio Episcopal una amplia plaza que se asoma sobre las aguas del río.

Se extasía el inglés paseando por la alameda, enmarcada en cuatro hileras de olmos añosos, y a la que sirve de pórtico una amplia entrada con una escultura de la Virgen a un lado y las estatuas de piedra del difunto rey y de su esposa al otro, las peores y más feas que él había visto jamás. Y le asombra también la gran plaza donde se celebran las corridas de toros, improvisándose para ello los tablados que ha de ocupar el público que acude a los espectáculos, y que son desmontados cuando estos se acaban.

Dedica Twiss gran atención a los depósitos de granos que nuestro Gobierno se cuidaba de ir construyendo en todas las ciudades, y también en Murcia, con objeto de almacenar cereales en los años en que había excedente de cosecha, para prevenir la carestía que había de presentarse en los de escasez, y poder entonces ser vendidos a precios moderados, lográndose así una estabilización de los abastecimientos y de los precios. También le interesa, y en grado superlativo, el hospicio, refugio para los niños que vienen al mundo, unos sin hogar, y otros en familias en que la necesidad y la penuria no van a permitir criar, con holgura, al recién nacido. Ya existía entonces el torno, abierto día y noche, con su campanilla anunciadora de que un nuevo ser se presentaba a acogerse a la cari-



dad pública abandonado por la culpa, por la desidia, o por la miseria de quienes le habían dado el ser. A nadie se le preguntaba nada, salvo si el niño había recibido o no el bautismo. Los pequeños que eran encomendados a tal institución, podían ser recogidos en cualquier momento por sus padres, si se habían cuidado de facilitar, previsoramente y por cualquier medio, su posterior identificación. No regatea Twiss sus alabanzas para este sistema como remedio de bastantes situaciones desgraciadas, y aun de algunos delitos.

Pudo el inglés gozar de la hospitalidad y cordialidad murcianas, en grado superlativo, gracias a una dama de nuestras tierras cuyo nombre conservó en las páginas de su libro. Antes de adquirir nosotros el ejemplar de la edición inglesa que ha sido utilizado para estas notas, habíamos comenzado a servirnos de la versión francesa impresa en Suiza en 1776. En ella figura esta señora con el extraño nombre de doña Teresa Perina Ruiz, nombre que nos produjo gran extrañeza por lo insólito de ese primer apellido, jamás encontrado por nosotros en personas oriundas de nuestra región. Sospechamos en el acto que pudiera tratarse de una incorrección tipográfica del traductor o del impresor y acudimos, en cuanto nos fué posible, a consultar el original inglés en la Biblioteca Nacional de Madrid, consulta que confirmó lo acertado de nuestro asombro; el apellido auténtico era Pina, sí frecuente en esta comarca y subsistente en la actualidad, sobre todo en Cartagena. Cuando hemos adquirido la edición inglesa y podido manejarla con más detención, hemos descubierto que no se limitaba a esa anomalía la incorrección de la traducción al francés, siendo rara la página donde no existe alguna alteración de importancia.

Doña Teresa Pina acogió a Twiss con toda suerte de atenciones, le abrió los salones de su casa, le presentó a amigos y familiares y contribuyó con ello a amenizar al viajero los días de su estancia entre nosotros con agradables y entretenidas distracciones hogareñas, proporcionándole divertida y frecuente tertulia, y haciendo sus delicias con cantos y bailes de tonadillas y seguidillas, brillando en aquellas reuniones la hija de la anfitriona, excelente tocadora de guitarra y muy decorosa clavecinista. Fácil es suponer el encanto del inglés ante este inesperado oasis artístico y familiar de naturalidad encantadora y jugosa. Las páginas del libro nos revelan el entusiasmo del miembro de la Sociedad Real londinense, que no debió permanecer indiferente ante la simpatía de nuestra murciana, entusiasmo que habría de hacerle víctima, a su regreso a Inglaterra, de una broma de sus amigos a que aludiremos al final de este trabajo.

También le cupo en suerte, en materia de diversiones públicas, el que su estancia en Murcia coincidiera con días de actividad teatral; actuaba entonces un grupo de acróbatas, bailando sobre la cuerda y vino a susti-



tuirle en nuestro coliseo una compañía de operetistas italianos que llegaba de Barcelona. Quizá por estas actuaciones y, sobre todo, por la simpática acogida de doña Teresa, el viajero prolongó su estancia entre nosotros más de lo usual, permaneciendo en Murcia cinco días.

El 8 de mayo sale con rumbo a Cartagena; la primera parte del camino transcurre entre plantaciones de moreras, luego un trozo entre riscos y precipicios, y a la postre la llanura con algunos campos dedicados a cultivos de cereales; nueve leguas de andar, y el encuentro en Cartagena de un hospedaje mucho mejor que el que su mala fortuna le había deparado en Murcia, pues se alberga en la fonda «El Aguila de Oro» propiedad de un francés; Enrique Swinburne, pocos años más tarde, se alojará también en ella dedicando al trato que recibió encendidos elogios.

En Cartagena le aguarda el Cónsul de su país, Daniel Bomeester, que le facilita el acceso a muchas casas, le presenta al General Gobernador don Carlos Reggio, caballero siciliano, gran Cruz de Carlos III, y le introduce en casa del Coronel del Regimiento del Príncipe don Juan Manuel de Cargigal, en ocasión en que se celebra, en esa misma noche en que el viajero llega, un lucido concierto que le permitió conocer a las personas más distinguidas de Cartagena y a un elevado número de Jefes y Oficiales de su guarnición.

A nuestro hombre le parece Cartagena, capital de uno de nuestros tres departamentos navales, un puerto bellísimo, con ninguno que le sobrepase y pocos que le iguallen en el Mediterráneo, no dudando en compararla con Plymouth, alabanza que tiene su valor en un súbdito británico. Nos describe las obras portuarias debidas a Jorge Juan y el arsenal con su población obrera, de unas dos mil personas, en su mayoría esclavos moros, dedicados a la extenuante faena de darle a las bombas de achique de agua y sin otro vestido que un liviano echarpe de tela.

Dedica unas horas el viajero a deambular por la ciudad; se asoma al puerto, rodeado de montañas, y en el que se trabaja actualmente en uno de los fuertes edificados sobre una colina para proteger el arsenal. El puerto está poco concurrido en aquellos días; tres pequeñas galeras y cuatro jabeques empleados para luchar contra los corsarios de Africa. Pasea por la alameda, con sus dos hileras de olmos blancos, y se acerca a ver otro paseo que existe en las afueras, en el barrio de Santa Lucía muy próximo al puerto. Pone de relieve la gran cantidad de militares y marinos con quienes se tropieza, cuidándose de describir con gran minuciosidad sus uniformes y las características de los distintivos e insignias de su grado o cuerpo.

Se le concede el honor de invitarle a comer en casa del Gobernador Militar a cuyo acto asisten treinta oficiales de la guarnición. Un inglés distinguido, miembro de la Sociedad Real y de visita en uno de los puertos



fortificados más importantes del Mediterráneo, no podía dejar de interesarse por la composición de nuestra flota de combate. La Armada española cuenta en 1773 con ciento seis navíos entre barcos de guerra y barcos auxiliares. El mayor de ellos es la «Trinidad», con 114 cañones y 1.200 hombres de tripulación y detrás de ella, ocho navíos de 84 piezas y 800 hombres, cincuenta de 74, cuatro de 60, ocho fragatas de 40, veinte de 30, siete galeras de 4 piezas y ocho jabeques. Y completa esta información de nuestra capacidad castrense dándonos la relación de las fuerzas de tierra tomada de una lista oficial impresa en Madrid, y que es como sigue:

Tres compañías de Guardias de Corps.

Una compañía de Alabarderos.

Un regimiento de Guardias Españolas, a pié.

Un regimiento de Guardias Valonas.

Una brigada de cuatro escuadrones de Carabineros Reales.

Cuarenta y seis Regimientos de Infantería de dos batallones cada uno, de los cuales treinta y tres españoles, tres irlandeses, dos italianos, cuatro valones, y cuatro suizos.

Un regimiento de Artillería con cuatro batallones.

Un regimiento de Ingenieros.

Existe además una Escuela de Matemáticas para Oficiales y Cadetes, que se destinan a la Artillería, establecida en Segovia, y dos Escuelas de Ingenieros en Barcelona y en Orán.

Aparte de estas tropas regulares, hay cuarenta y dos regimientos provinciales de milicias, con un batallón cada uno; cuarenta y seis Compañías de inválidos, y ciento veintinueve Compañías de milicias en las ciudades.

La Caballería Real consta de catorce regimientos con cuatro escuadrones cada uno y ocho regimientos de Dragones.

El inglés nos cuenta que el reclutamiento de soldados en España para el servicio Real se lleva a cabo anualmente sacando por suerte cinco hombres de cada cien, aptos para el oficio de las armas.

La curiosidad de Twiss por estos problemas le lleva a presenciar los ejercicios de artillería que se están celebrando en aquellos momentos en Cartagena, con seis cañones y tres morteros a 313 toesas de distancias, o sea a unos 600 metros aproximadamente.

Cuatro días dedicó nuestro hombre a Cartagena y el 12 de mayo, después de haber comido en Fuente Alamo y de nueve leguas de camino va a dormir a Totana. En aquella fecha ya se ha terminado en la comarca la recolección de cereales. En el siguiente día, 13 de mayo, llega a Lorca, villa considerable con siete u ocho iglesias. Visita allí al Coronel de las fuerzas de guarnición que le presenta a sus amigos, le atiende con cortesía y



procura mostrarle lo más interesante de la ciudad. Visitan una casa particular donde muestran al inglés un cuadro, representando a Santo Tomás, atribuído por su propietario al Ticiano.

Y continúa el viajero su ruta hacia Granada, no sin que el Coronel colme sus atenciones llegando a proporcionarle como escolta y guarda un soldado con sable y fusil. Twiss y su guardaespalda, invierten siete días en cubrir las 230 millas que tenían de camino para alcanzar la meta de su viaje. La previsión del Coronel, y la larga ruta con escasísimos pueblos, muy pocos cortijos y rarísimos viajeros, sirven de motivo para que nuestro hombre encarezca la necesidad de una mayor vigilancia por aquellos parajes y nos recuerde la frecuencia excesiva en ellos de atracos, desvalijamientos y alguno que otro asesinato. La inseguridad en los caminos era de tal categoría que quienes deseaban trasladarse de un pueblo a otro se veían obligados a organizar los desplazamientos en grupos numerosos, reuniéndose varias expediciones, e incluso procurándose escolta de guardias armados. En las páginas de su libro nos deja constancia de dos detalles curiosos. Uno, el sistema de confidencias y espionaje que se tenía para saber la situación de las pandillas de atracadores y graduar las fechas en que determinados parajes podían encontrarse libres de su azote; otro, que los forajidos solían vivir en cuevas o cavernas, ir en grupos de doce o quince y armados de carabinas cortas y de media docena de pistolas colgadas a la cintura.

El lector, a los doscientos años, se regocija de saber que Twiss se libró de nuestros bandoleros y arribó sano y salvo a Granada. Más trabajo le había de costar librarse, llegado a Londres, de sus amigos ingleses que le hicieron víctima de una broma en gran escala, aprovechando aquella acogida de ternura familiar que entre nosotros había encontrado, merced a la simpatía de doña Teresa Pina y de su hija, y que tanto entusiasmo despertó en el viajero y algunas otras circunstancias ingenuas de sus relatos, muchas de ellas ajenas a nuestra ciudad. De tan amplia escala fué la broma, que derivó en la publicación de un folleto, anónimo, en Londres en 1777, de extraordinaria rareza. Sus páginas, en las que se encuentran bastantes cosas divertidas y muchos trozos de excelente humor, han servido para conservar las zumbas de aquellos amigos de Twiss, y la reiterada amabilidad y generosidad del profesor de la Universidad de Cambridge Edward M. Wilson, que nos ha regalado el librito, para que ahora puedan conocerlas los lectores de MVRGETANA.

* * *





Donna Teresa Pinna y Ruiz.

And ofrand of you wrong'd the Murcian maid.



AN

HEROIC EPISTLE

FROM

DONNA TERESA PINNA Y RUIZ,

OF

MURCIA,

TO

RICHARD TWISS, Esq; F. R. S.

WITH SEVERAL

EXPLANATORY NOTES,

WRITTEN BY HIMSELF.

Young Adam Cupid—he who shot so trim,
When king Cophetua lov'd the beggar maid.—

SHAKESPEARE.

LONDON:

Printed for EDWARD and CHARLES DILLY, No. 22,
in the Poultry. M, DCC, LXXXVII.

AN

HEROIC ANSWER,

FROM

RICHARD TWISS, Esq; F. R. S.

AT

ROTTERDAM,

TO

DONNA TERESA PINNA Y RUIZ,

OF

MURCIA.

Urbem, quam dicunt Romam, Melibee, putavi
Stultus ego huic notitiae similem. VIRGIL.

LONDON:

Printed for EDWARD and CHARLES DILLY,
No. 22, in the Poultry. M, DCC, LXXXVII.



En 1777, en Londres, sin nombre de autor y de las prensas de Edward y Charles Dilly, salió un folleto en octavo con veintiséis hojas mas una lámina, conteniendo, en verso, primero, una *Epístola Heróica de Donna Teresa Pinna y Ruiz, de Murcia, a Richard Twiss, Esq; F.R.S.*, que ocupa 28 páginas, y a continuación una *Respuesta Heróica de Richard Twiss, Esq; F.R.S. desde Rotterdam, a Donna Teresa Pinna y Ruiz, de Murcia*, con 22 páginas, en numeración independiente, y una hoja final en blanco completando signatura y pliego. Ambas composiciones llevan, 2 pie de página, curiosas e irónicas notas, ilustrativas de sus pasajes y alusiones, con referencia a los libros publicados por Twiss de sus viajes por España la primera, y por Irlanda la segunda. Reproducimos en facsimil las dos portadas, levísimamente reducidas. En el original miden 133 milímetros la primera y 130 la segunda. Hemos vertido el título al castellano.

Entre la hoja de anteportada impresa y la de portada que reproducimos, existe un fantástico, arbitrario y supuesto retrato de nuestra paisana doña Teresa que también reimprimimos en facsimil; la dama está pensativa, abstraída, con una carta de su amor en la mano, el laúd, callado, sobre un sofá, un pie calzado y el otro desnudo yaciendo junto a él la media y zapato que lo vestían. Un tintero sobre una mesita, con la esbelta pluma de oca, al lado de la señora, nos revela que la retratada se halla en trance imaginando qué ha de decirle en la carta que proyecta al caballero inglés, hace semanas a su vera, deleitándola en rendido cortejo, y a la sazón ausente, viajando por lejanas tierras, por la remota Irlanda, solo e indefenso frente a los encantos de las beldades de aquel fabuloso país. Un papagayo y un mono prestan a la estampa un inesperado color tropical. Bajo el grabado el nombre de nuestra paisana y una reticente frase cuya lectura castellana más aproximada es: «y muchas veces te comportaste mal con la dama murciana».

La epístola primera, presentada como escrita a Twiss por doña Teresa, comienza expresando en lenguaje poético la misma situación que el grabado deseó perpetuar en el pictórico y constituyen sus primeros versos la mejor ilustración de la estampa.

*Vientos del oeste, alzaos del seno del mar
y llevad al perjuro Twiss los suspiros de su Pinna.
Vendavales apenas nacidos meciendo limoneros
llevad por los aires, en nubes de aromas, la voz del amor;
llevad mis tristezas a las lejanas llanuras de Iernian
y ofreced a quien las causa las penas de Teresa.
Vuela, vuela, ruiseñor a contarle estas cuitas.
Y tú, papagayo, vierte en su oído mis desvelos.*



*¡Ay!, si mi mono pudiese nadar sobre las olas
para decirle en muecas mi pesar por su demorado retorno.
Medio desnuda, tiritando al frío de medianoche,
destrozado mi pecho y sueltos mis cabellos,
descalzada de un pie, me siento, escribo y lloro
con lágrimas que corren hasta apagar mi vela.
¿Por dónde vagará mi inglés valiente y bello?
¡Aquél astro de cortesía! ¡Aquél alma de amor!
¿Qué corazón ardiente compartirá su delirante fuego?*

Y la epístola prosigue con continuos piropos al caballero británico, con comparaciones descabelladas, humorísticas y burlonas, atribuyéndole la galantería de don Quijote y la socarronería de Sancho, el espíritu arisco e independiente de la cebra y el paciente y resignado del borrico, bendiciendo a los hados que presidieron su nacimiento, pregonando la tortura que su ausencia significa, los celos que se levantan en airado e indomitable tropel en el pecho de la dama al sospechar lejanas, pero muy posibles, infidelidades de su amor con las seductoras irlandesas, y todo, aderezado con el recuerdo, a la vez dulce y doloroso, de los pasados días de ventura, cuando paseaban juntos por las alamedas murcianas, cuando las torres, y las calles, y los árboles y las gentes eran continuos testigos de su amor, cuando Twiss se divertía cantando como un grillo en su jaulita de alambre, y el de las veladas bailando el fandango, (Twiss había incluido en su libro una página musical con la reproducción de una partitura de este baile), cantando tonadillas o tocando la guitarra las damas y el violín el rendido enamorado, momentos de dicha y de felicidad que doña Teresa, enajenada, desesperada en la soledad en que se encuentra, pide con ansia que vuelvan para aquietar su alborotado corazón.

Twiss, como buen inglés, debía de tener una gran curiosidad por conocer la fauna y la flora de los países que visitaba y llegó, en su viaje por España, a detenerse muchas veces ante los animales extraños que encontraba como lagartos, sapos, camaleones, etc... Estas inocentes aficiones sirven al amigo burlón, autor de estas epístolas, para imaginar una pintoresca escena en la que el inglés se distrae colocando en el regazo de su dama, que lleva ese día una vistosa falda con amplias listas de colorines varios, un camaleón para solazarse viéndole, al pasear sobre el halda, cambiar de tonalidad a cada momento y aun ofrecer, en algunos, varias a la vez. Pero el bicho, en su deambular por tan dulce pista,

*se deslizó a través de una abertura,
y tú, con ágil mano le alcanzaste
cuando se hallaba ya sobre mi carne*



*¡Cielos! Cómo ardieron entonces mis mejillas
y grité, estremecida, incendiada en rubores.*

Sin duda es este pasaje de la carta el que motivó la reticente frase al pie del retrato de doña Teresa y que más arriba hemos transcrito en lectura castellana.

Este espíritu de observación de Twiss sobre toda clase de bicharracos raros le había llevado también, como nos cuenta en su obra, a guardar dos sapos, en una caja que iba siempre con él, para observar sus costumbres y reacciones y a los que cebaba con gusanos y larvas que él mismo se preocupaba de criar en trozos de carne asada y putrefacta. Tan atrabillarias y extravagantes experiencias son también utilizadas como motivos burlescos en la carta, haciendo su anónimo autor que doña Teresa le interroga:

*Mientras tu amor pasea su desconsuelo
por valles y glorietas de esta Murcia lejana,
¿Qué inquietudes ocupan tus horas vagabundas?
¿Observas con mirada estudiada y profunda
el tamaño del pavo o el grosor de la alondra?
¿Sigues guardando trozos de carne putrefacta?
con gusanos que dar a tus sapos queridos?*

Pero siempre vuelve, como motivo obsesionante y repetido a cada paso, el aguijón de los celos:

*¿Preparas el elenco de bellezas de Irlanda
trayéndolas a juicio como un segundo París?*

Y continúan las comparaciones; entre los naranjos y las patatas; entre las doncellas de Irlanda y las damas de España; entre los mendigos de Dublín y los gitanos de Murcia, para aconsejar al viajero que se deje de pamplinas y de folias en ese país lejano lleno de nieblas, de vientos fuertes y de extensas llanuras peladas, y se venga a Murcia donde hay frondosas alamedas, bellos huertos de naranjos, donde da el limón «su fruto de oro», y donde le espera el corazón amoroso de su enamorada.

Confiesa doña Teresa que está leyendo los relatos que hace Twiss de su viaje por Irlanda, como si el autor se los estuviese enviando por entregas, y que se ha comprado un mapa de aquel país para seguir sus rutas con el dedo y ayudar a la imaginación a soñar con los paisajes que su galán contempla. Pero la murciana encuentra estúpido que él esté perdiendo el tiempo por esas tierras, en literaturas, y le dice con gracioso desgarró:



*Vuelve, vuelve Ricardo y no marees tu cabeza
escribiendo libracos que nunca serán leídos...*

Y tras algunas alusiones a Irlanda, pero siempre con el mismo contrapunto de las comparaciones, de su amor y de sus celos, termina la epístola con una tirada que merece la pena conservar íntegra.

*Vuelve, vuelve, Ricardo y olvida los encantos de Hibernia,
y acaba tus andanzas en estos dulces brazos.
En Murcia no hay cafés con criticos furiosos
ni mujeres pedantes que mantengan la guerra,
sino bailes y toros que distraen el espíritu,
coros a medianoche y canción mañanera.
Afina aquí el violín y repara tu arco,
y arroja a los infiernos tus libros y papeles.
Así la golondrina, cuando joven, esquiva,
abandona su nido de hierbas y de barro
de colina en colina, de llanura en llanura
gorjeando sus trinos por los bosques cercanos.
Pero cuando la lluvia o el torbellino surgen
recuerda el sitio humilde que antes despreció
para volver al nido y nunca más dejarlo.*

* * *

La respuesta de Twiss a doña Teresa desde Rotterdam decae bastante en interés desde el punto de vista murciano. En realidad al desaparecer los temas del amor, la nostalgia y los celos, y agotado ya en la primera epístola el espiguelo entre las ingenuidades y extravagancias inocentes del viajero, se hacía difícil mantener a lo largo de 260 versos (la primera tiene 362) una línea divertida y que sostenga la atención del lector.

El galán se regocija de que su dama le recuerde con fervor y se apresura a tranquilizarla por sus temores contra las irlandesas, bien fundados por cierto, de las que encarece y detalla las malas artes que ponen en juego en su empeño estéril de hacerle olvidar a su bella Dulcinea murciana.

No encontró en Irlanda dama más bella que su adorada, ni bosques de limoneros, ni alamedas frondosas, ni doncellas que bailen fandangos, ni beldades que aumenten sus encantos naturales tocando el clavecín y la guitarra. No hay nada de eso y él también ansía regresar a la vera de su amor.

Pero desea hacer méritos para ser digno de la bella murciana y le cuenta que quiere ir a pescar ballenas a Groenlandia, a manejar el arpón



mortífero que en sus carnes se hunde, a saber tener tensa la línea que las sujeta y trae al barco, comer su grasa y refinar su aceite. Quiere luchar con los osos que viven sobre los icebergs y cooperar a que los hados le hagan digno héroe merecedor del amor de la dama lejana en que sueña para que un día Venus, compadecida por estos afanes, le coja amorosa en sus brazos y le transporte a Murcia.

* * *

Nos urge hacer una aclaración necesaria. Las dos epístolas que hemos analizado someramente y de las que hemos transcrito bastantes versos, se encuentran escritas en verso y en inglés del siglo XVIII. Ambas circunstancias hacen extraordinariamente difícil la traducción. Si a esas dificultades se añade la importantísima que deriva del natural deseo de dar a la lectura castellana las mínimas condiciones de ritmo y de decoro, encontrará justificado el lector que apelemos a su indulgencia. Se ha procurado conservar la mayor fidelidad posible con el texto original y en gran parte de los casos se trata de versiones casi literales. Hemos dado cierta extensión a esta segunda parte del artículo porque la rareza del folleto y las numerosas alusiones a Murcia justificaban la incorporación a la colección de esta revista de un breve resumen de su contenido.

